

de sacos vacíos que podían ser una camita muy blanda. Pero un sábado, obligados á refugiarse allí por un chubasco que de repente caía, obstinóse ella en permanecer de pie, abandonando sólo sus labios, en besos interminables. No hacía consistir en eso su pudor, daba á beber su aliento, glotonamente, como por simple amistad. Y cuando abrasado por el deseo trataba él de poseerla, se defendía, lloraba, repitiendo cada vez las mismas razones. ¿Por qué quería causarle tanto disgusto? ¡Parecíale tan tierno amarse, sin toda esa suciedad de sexo, manchada á los diez y seis años por el vicio de aquel viejo, cuyo espectro sangriento no se apartaba de su imaginación, y violentada más tarde por los apetitos brutales de su marido! Había conservado cierta candidez de niña, una virginidad, un pudor delicioso de la pasión que se ignora. Lo que en Santiago la seducía era su dulzura, su obediencia en no pasear sus manos sobre su cuerpo en cuanto se las cogía ella entre las suyas, tan débiles. Amaba por primera vez, y no se entregaba, pues el entregarse enseguida á éste de la misma manera que había pertenecido á los otros dos, le habría estropeado la felicidad de amar. Su deseo inconsciente era prolongar para siempre aquella sensación tan exquisita, volverse jovencita; antes de la mancha, tener un verdadero y cariñoso amigo, como esos amores de los quince años; un amante al que se besa glotonamente, sin esconderse detrás de las puertas. Y también él, como Severina, parecía volver á su infancia, delectrean-

do el amor, ese amor que hasta entonces había sido para él un espanto.)

Si se mostraba dócil, retirando las manos en cuanto ella se defendía, era que un sordo miedo subsistía en el fondo de su ternura, una gran turbación en que temía no distinguir el deseo de la posesión de su antigua necesidad de asesinato. Esta mujer que había matado, era como el ensueño de su carne. Su curación le parecía más cierta cada día, puesto que la había tenido horas enteras colgada á su cuello, con sus labios pegados á los de ella, bebiendo su alma, sin que se despertara su furioso deseo de ser el amo, degollándola. Mas no se atrevía á violentarla, pues era cosa dulcísima el esperar, dejando al amor que se profesaban el cuidado de unirles cuando llegase el minuto, en un desmayo de la voluntad de ambos, en brazos uno de otro. Y así iban sucediéndose las citas felices, no se cansaban de verse, aunque sólo fuera por un momento, andando juntos en las tinieblas, entre los grandes montones de carbón que ennegrecían aún más la noche, alrededor de ellos.

Una noche de Julio Santiago, para llegar al Havre á las once y cinco, hora de reglamento, tuvo que empujar la Lisón, como si el calor sofocante hubiese emperzado sus movimientos. Desde Rouen, á su izquierda, le acompañaba un nublado, siguiendo el valle del Sena con grandes relámpagos que deslumbraban; y de tiempo en tiempo se volvía muy inquieto, pues aquella noche había quedado Severina en ir á

verle. Temía él que aquel nublado, si estallaba demasiado pronto, le impidiese salir de su casa. Así es que cuando llegó á la estación, antes de que principiara á caer la lluvia, se impacientó contra los viajeros, que no salían pronto de los coches.

Roubaud estaba allí, en el andén, de servicio de noche.

—¡Demonio!—dijo riendo—mucha prisa tiene usted por ir á acostarse..... Duerma Ud. bien.

—Gracias.

Y Santiago, después de haber reulado el tren sobre las vías de resguardo, se fué al Depósito.

Las hojas de la inmensa puerta estaban abiertas y la Lisón se hundió bajo el soportal cerrado: una especie de galería de dos vías, de una longitud de sesenta metros, y que podía dar cabida á seis máquinas. Estaba aquello muy oscuro; cuatro mecheros de gas alumbraban apenas las tinieblas acrecentadas aún por grandes sombras movedizas; y únicamente, por momentos, iluminaban los relámpagos los cristales del techo y las altas ventanas á derecha é izquierda; distinguíase entonces, como en una llamarada de incendio, las paredes agrietadas, la armadura ennegrecida por el carbón, toda la miseria caduca de aquella construcción hoy día insuficiente.

Dos máquinas estaban ya allí, frías, dormidas.

Enseguida se puso Pecqueux á apagar el fuego. Removíalo violentamente, y algunas bra-

sas, saliendo del cenicero, caían debajo, en el foso.

—Tengo un hambre que no veo, voy á tomar un tente en pie—dijo.—¿Usted gusta de acompañarme?

Santiago no contestó. A pesar de su prisa no quería dejar á la Lisón antes de que quedase apagado el fuego y la caldera vacía. Era un escrúpulo, una costumbre de buen maquinista de que nunca se apartaba. Es más, cuando tenía tiempo, no se marchaba sino después de haberla visitado y limpiado con el cuidado que se atiende á un animal favorito. El agua cayó en el foso á gruesos borbotones, y sólo entonces dijo:

—Pronto, pronto, fuera.

Un trueno formidable le cortó la palabra. Esta vez, las altas ventanas se habían destacado tan distintamente sobre el cielo abrasado, que habría sido fácil contar los cristales rotos, muy numerosos.

A la izquierda, á lo largo de los tornos que servían para las reparaciones, una hoja de zinc, que estaba de pie, retumbó con la vibración persistente de una campana. Toda la antigua armadura de la techumbre crujió.

—¡Pijota!—dijo simplemente el fogonero.

El maquinista tuvo un gesto de desesperación. Ya no había cita, y tanto más cuanto que ahora azotaba el soportal un diluvio. La violencia del chubasco amenazaba echar abajo los cristales del techo. También en la parte que cubre las máquinas debían faltar cristales, pues llovían

sobre la Lisón gruesas gotas. Un viento furioso entraba por las puertas que habían quedado abiertas; hubiérase dicho que toda aquella vieja fábrica iba á ser despedazada.

Pecqueux estaba acabando de dar los últimos cuidados á la máquina.

—¡Ya está! mañana veremos más claro..... No hay necesidad de atusarla más.

Y volviendo á su idea:

—Es preciso comer..... Llueve demasiado para ir á echarse en un jergón.

La cantina, en efecto, estaba allí, contra el mismo Depósito, y la Compañía había tenido que alquilar una casa en la calle François-Mazeline, en donde había camas para los maquinistas y los fogoneros que pasaban la noche en el Havre. Con aquel diluvio hubieran llegado allí calados hasta los huesos.

Santiago tuvo que decidirse á seguir á Pecqueux, quien había cogido la cestita de su jefe, como para evitarle la molestia de llevarla. Sabía él que en aquella cestita había aún dos tajadas de ternera fría, pan y una botella apenas empezada; y aquello era, ni más ni menos, lo que le daba hambre. La lluvia redoblaba, otro trueno hizo temblar de nuevo el soportal. Cuando los dos hombres se fueron, por la puertecita que daba á la cantina, la Lisón se enfriaba ya. Y acabó por dormirse, abandonada, en las tinieblas iluminadas por violentos relámpagos, bajo las gruesas gotas que mojaban sus riñones. Junto á ella, un grifo mal cerrado, chorreaba y alimen-

taba un charquillo que corría entre sus ruedas en el foso.

Pero antes de entrar en la cantina, quiso Santiago lavarse. Siempre había allí, en un cuarto, agua caliente y barreñones. Sacó un jabón de su cestita y se limpió las manos y la cara, negras por el viaje; además, como tenía la precaución, siempre recomendada á los maquinistas, de llevar consigo un traje de repuesto, pudo mudarse de pies á cabeza, cosa que siempre hacía con cierto esmero, al llegar al Havre, todas las noches en que tenía cita con Severina. Pecqueux ya esperaba en la cantina, pues sólo se había lavado la punta de la nariz y las puntas de los dedos.

Aquella cantina consistía simplemente en una pequeña sala desnuda, pintada de amarillo, donde sólo había una hornilla para calentar los alimentos, y una mesa, sujeta al suelo, cubierta de una hoja de zinc, que servía de mantel. Dos bancos completaban el mobiliario. Los empleados tenían que llevar su comida y comían sobre papel, con la punta de su cuchillo. Una ancha ventana alumbraba la pieza.

—¡Vaya una asquerosa lluvia!—gritó Santiago plantándose delante de la ventana.

Pecqueux se había sentado sobre un banco delante de la mesa.

—¿De modo que Ud. no come?

—No, amigo, no; acabe Ud. de comer ese pan y esa carne si tiene Ud. gana..... Yo no tengo hambre.

El otro, sin hacerse rogar, se echó sobre la ternera y vació la botella. Con frecuencia tenía sorpresas semejantes, pues su jefe comía poco, y todas aquellas migajas que recogía detrás de él acrecentaban su cariño, su abnegación de perro. Con la boca llena añadió, después de un silencio:

—¿Y qué nos importa la lluvia, puesto que estamos resguardados? Verdad es que si la cosa continúa, yo le dejo á Ud., me voy aquí, al lado.

Se echó á reír, pues no se ocultaba; hábale sido preciso confiarle sus amores con Filomena Sauvagnat, para que no le extrañase verle faltar del dormitorio las noches en que iba á verla. Como ocupaba ella, en el cuarto de su hermano, una pieza de la planta baja, junto á la cocina, no tenía más que dar un golpecito en la ventana; Filomena abría y entraba Pecqueux de un salto, sencillamente. Por aquella ventana, según decía la gente, habían pasado todos los empleados de la estación. Pero ahora se contentaba la mujer con el fogonero, quien la contentaba, según parecía.

—¡Dios de Dios!—continuaba jurando entre dientes Santiago, viendo que volvía el diluvio con nueva violencia, después de un ligero descanso.

Pecqueux, que tenía en la punta de su cuchillo el último bocado de carne, tuvo de nuevo una risa bonachona.

—¿Según parece, Ud. está también ocupado esta noche?..... Vamos, que no nos pueden echar

en cara, tanto á Ud. como á mí, el que gastamos demasiado los colchones de la calle Français-Mazeline.

Vivamente Santiago dejó la ventana.

—¿Pues?

—Toma, pues porque desde la primavera última casi siempre entra Ud. allí á las dos ó las tres de la mañana.

Debía estar enterado de algo, quizás había sorprendido alguna cita. En cada dormitorio las camas estaban por parejas, la del fogonero junto á la del maquinista, pues unían lo más posible la existencia de aquellos dos hombres, destinados á una armonía de trabajo tan íntima. Así es que nada extraño era que Pecqueux notara los desvarios de su jefe, hasta entonces modelo de buena conducta.

—Padezco fuertes dolores de cabeza—dijo el maquinista por decir algo, y me alivia el aire fresco de la noche.

Pero ya añadía el fogonero:

—¡Oh! bien libre es Ud. de hacer lo que guste..... Esto que digo es una broma..... Y es más, si algún día tuviera Ud. cualquier disgusto, no tenga Ud. reparo en pedirme auxilio; aquí me tiene á su disposición para cuanto se le antoje.

Y sin explicarse más claramente, se permitió cogerle la mano, estrechándosela hasta descoyuntársela casi, como una entrega completa de su persona.

Después arrugó y tiró el papel grasiento en que había estado envuelta la carne, colocó la bo-

tella vacía en la cestita, lo arregló todo como un servidor cuidadoso, acostumbrado á la escoba y la esponja.

Y como la lluvia se obstinaba, aunque ya había cesado la tormenta, añadió:

—Bueno, pues yo me las guillo y le dejo en sus ocupaciones.

—¡Oh!—dijo Santiago—puesto que esto no para, voy á ir á echarme sobre un jergón.

Al lado del depósito había una sala con colchones, protegidos con fundas de tela, en donde venían á descansar, sin desnudarse, los maquinistas y fogoneros que sólo tenían que esperar en el Havre tres ó cuatro horas.

En efecto, en cuanto vió que su fogonero desaparecía bajo el chubasco hacia la casa de los Sauvagnat, se atrevió también y corrió hasta el cuerpo de guardia. Pero no se echó, quedó en el umbral de la puerta, abierta de par en par, ahogado por el espeso calor que allí reinaba. En el fondo de la pieza un maquinista, tendido sobre la espalda, roncaba con la boca abierta.

Algunos minutos pasaron aún, y Santiago no podía resignarse á perder su esperanza.

En su exasperación contra aquella lluvia imbecil crecía una terrible gana de acudir á la cita; quería siquiera estar allí él, ya que no encontrase á Severina. Era aquello como un vehemente deseo de todo su cuerpo, y acabó por salir bajo el chaparrón; llegó al rinconcito predilecto, siguiendo la calle negra formada por los montones de carbón. Y como las gruesas gotas que

azotaban de frente le cegaban, llegó hasta la casucha de las herramientas, en donde ya una vez se había guarecido con ella. Pareciale que allí estaría menos solo.

Al entrar Santiago en la obscuridad profunda de aquella pieza, dos brazos delicados le envolvieron y unos labios apasionados se pegaron á su boca. Severina estaba allí.

—¡Usted aquí! ¿Con que se atrevió usted á venir?.....

—Sí, al ver que la tormenta subía, me vine corriendo antes de que principiara á llover..... ¡Cuánto ha tardado Ud.!

Suspiraba con voz desfallecida, nunca la había tenido tan abandonada á su cuello. Se dejó caer, hallóse sentada sobre los sacos vacíos, sobre aquella camita tan blanda que ocupaba todo un ángulo. Y él, caído junto á ella, sin que sus brazos se hubiesen desenlazado, sentía las piernas de Severina á lo largo de las suyas; no podían verse, sus alientos les envolvían como un vértigo en medio del anonadamiento de cuanto les rodeaba.

Y bajo la ardiente llamarada de un beso, el tuteo había subido á su boca, cual la sangre unida de sus corazones.

—Me esperabas.....

—¡Oh! te esperaba, te esperaba.....

Y enseguida, desde el primer minuto, casi sin hablar, ella fué quien lo atrajo á sí, quien le obligó á que la poseyera. No había ella previsto aquello.

Acababa él de sucumbir á la alegría inesperada de poseerla, en una brusca é irresistible necesidad de hacerla suya, sin cálculo ni razonamiento. Aquello sucedía porque tenía que suceder. La lluvia redoblaba sobre el techo de la casucha; el último tren de París que entraba en la estación pasó rugiendo y silbando, conmoviendo el suelo. ¿En dónde estaba? Y al encontrar en el suelo, bajo su mano, el mango de un martillo que había sentido al sentarse, quedó inundado de felicidad. ¿Con que ya se había acabado? Había poseído á Severina y no había echado mano al martillo para romperle el cráneo. Era suya sin lucha, sin ese deseo instintivo de echársela al hombro, muerta, como una presa arrancada á los demás.

Ya no sentía su sed de vengar ofensas muy antiguas, cuyo exacto recuerdo se hubiera borrado de su memoria; aquel rencor amontonado de varón en varón, desde el primer engaño en el fondo de las cavernas. No, la posesión de ésta revestía un encanto poderoso, le había curado porque veía en ella una mujer especial, violenta en su debilidad, cubierta de la sangre de un hombre, como de una coraza de hierro. Ella le dominaba, pues él nunca se había atrevido á matar. Y con agradecimiento apasionado, con deseo de fundirse en ella, la abrazó estrechamente, y la poseyó de nuevo, cubriéndola de besos; Severina era su superior, su ideal, podía hacer de él lo que se le antojara.

También ella se abandonaba feliz. Era una

redención, el final de una lucha, cuya razón de ser no veía Severina en aquel momento. ¿Por qué había rehusado durante tanto tiempo? Se había prometido y hubiera debido entregarse, puesto que no había en aquel acto sino placer y dulzura. Bien claro veía ella ahora que siempre había deseado aquel momento, hasta cuando le parecía tan agradable esperar. Sus delicadezas doblaban la felicidad de la caída. Sí, decididamente estaba hecha para entregarse, pues al caer en brazos de aquel hombre acababa de experimentar la verdadera felicidad de la mujer, la de ser acariciada, de devolver tanto placer como el que recibía. Su corazón y su cuerpo sólo pedían y necesitaban amor absoluto, continuo, y maldecía los crueles acontecimientos que la habían mezclado en aquellas abominaciones. Hasta entonces la existencia había abusado de ella, en el lodo, en la sangre, con tal violencia, que sus hermosos ojos azules, cándidos aún, conservaban cierto sello de terror bajo su casco trágico de cabellos negros. Había permanecido virgen á pesar de todo; acababa de darse por completo y por primera vez á aquel muchacho á quien adoraba, deseosa de desaparecer en él, de ser su sierva. Ella le pertenecía, podía disponer de ella á su antojo.

—¡Oh! querido mío, cógeme, llévame, sólo quiero lo que tú quieras.

—¡No, no! querida, tú eres el ama, sólo estoy aquí para amarte y obedecerte.

Pasaron las horas. Hacía tiempo que la lluvia

había cesado; un gran silencio envolvía la estación, silencio únicamente turbado por una voz lejana, confusa, que subía del mar. Estaban aún en brazos uno del otro cuando un tiro les puso en pie, despavoridos. El alba iba á despuntar, una mancha pálida blanqueaba el cielo por encima de la embocadura del Sena. ¿Qué podía ser aquel tiro? Su imprudencia, aquella locura de haberse retrasado así tanto tiempo, les representaba en un relámpago de su imaginación al marido persiguiéndoles á tiros.

—¡No salgas! Espera, voy á ver.

Santiago, con prudencia, se había adelantado hasta la puerta. Y allí, en la sombra aún espesa, oyó acercarse un tropel de hombres, reconoció la voz de Roubaud, que animaba á los vigilantes gritándoles que los merodeadores estaban en número de tres y que les había visto muy bien robando carbón.

Sobre todo desde hacía algunas semanas, no pasaba noche sin que tuviese alucinamientos de ladrones imaginarios. Esta vez, bajo el imperio de un terror súbito, había tirado al azar en las tinieblas.

—Pronto, pronto, no nos quedemos aquí—murmuró el joven.—Van á visitar esto..... ¡Escápate!

En un arranque de deseo se habían abrazado de nuevo, ahogándose de puro apretarse, comiéndose los labios. Luego, Severina, ligera, se escurrió á lo largo del depósito, protegida por el espeso muro; mientras él con gran precau-

ción, se ocultó en medio de los montones de carbón. Y ya era tiempo en efecto, pues Roubaud quería visitar la casucha. Aseguraba que los rateros debían estar allí. Las linternas de los vigilantes bailaban rozando el suelo. Hubo una disputa, y por fin todos acabaron por volverse á la estación, irritados por aquellas carreras inútiles.

Y en el momento en que Santiago, ya tranquilizado, se decidía por fin á irse á acostar á la calle François-Mazeline, quedó sorprendido al tropezar con Pecqueux, quien acababa de vestirse, jurando entre dientes.

—¿Qué pasa, compañero?

—¡Ah, Dios de Dios! ¡Calle Ud., hombre! Esos majaderos han despertado á Sauvagnat. Me ha oído con su hermana, bajó en camisa y yo me apresuré á saltar por la ventana..... ¡Escuche usted, escuche Ud.!

Oíanse gritos, sollozos de mujer á quien están pegando, mientras una gruesa voz de hombre vomitaba injurias.

—¡Ya pareció aquello! Le está sacudiendo el polvo. Aunque ya tiene treinta y dos años, la sacude como á una chiquilla cuando la sorprende..... ¡Anda que se las arregle como pueda, es su hermano!

—Pero—dijo Santiago—tenía yo entendido que con Ud. hacía la vista gorda y que sólo se enfadaba cuando la cogía con otro.

—¡Quién demonios sabe! A veces hace como que no me ve; y luego, de repente, ya lo está

usted oyendo, atiza..... no por eso deja de querer á su hermana, pues es su hermana y preferiría cualquiera cosa antes que separarse de ella. Sólo que el hombre quiere buena conducta, moralidad..... ¡Dios de Dios! Vamos, que me parece que hoy ya no se la enfría el cuerpo.

Los gritos cesaban en medio de grandes suspiros de dolor y los dos hombres se alejaron. Diez minutos después dormían profundamente, al lado uno de otro, en el fondo del pequeño dormitorio pintado de amarillo, simplemente amueblado con cuatro camas, cuatro sillas y una mesa, en donde sólo había una palangana de zinc.

Desde entonces cada noche de cita Santiago y Severina saborearon grandes felicidades. No siempre tuvieron aquella protección de la tempestad. Cielos estrellados y lunas clarísimas les molestaron; pero los días de aquellas citas se deslizaban por las rayas de sombra, buscaban los rincones oscuros, en donde tan dulce era estrecharse uno contra otro. Y hubo así, en Agosto y en Septiembre, noches adorables, de tal dulzura que se habrían dejado sorprender por el sol, emperezados, si el despertar de la estación no les hubiese separado. Y hasta no les disgustaron los primeros fríos de Octubre. Venía más abrigada, envuelta en un gran manto, en el que él mismo desaparecía á medias, y se refugiaban en el fondo de la casucha de las herramientas, la que habían logrado llegar á cerrar por dentro con una barra de hierro.

Estaban allí como en su casa y ya podían los vientos fuertes, los huracanes de Noviembre, arrancar las pizarras de las techumbres, sin siquiera rozarles á ellos la nuca. Pero él, desde la primera noche, tenía un deseo, el de poseerla en su casa, en aquella estrecha vivienda en donde le parecía otra, más codiciable con su serenidad sonriente de burguesa honrada; y siempre había ella rehusado, menos por temor al espionaje del pasillo, que por un último escrúpulo de virtud, reservando el lecho conyugal. Mas un lunes, en pleno día, al ir á almorzar allí y como tardaba en subir el marido, retenido por el jefe de estación, se la llevó bromeando á la cama, en una locura de temeridad que les hacía reirse á los dos; y allí se olvidaron de todo. A partir de aquel momento, ya no resistió más Severina, y Santiago subió á verla después de dadas las doce de la noche, los jueves y sábados. Aquello era horriblemente peligroso; no se atrevían á moverse por miedo á los vecinos; sintieron allí un acrecentamiento de ternura, goces nuevos. Con frecuencia caprichos de correrías nocturnas, una necesidad de huir como animales escapados les echaba fuera, en medio de la negra soledad de las noches heladas. En Diciembre, una noche de terrible helada, se amaron en un rincón, al aire libre.

Desde hacía cuatro meses Santiago y Severina vivían así, en medio de una pasión creciente. Continuaba el combate de sumisión, luchando á quién de los dos se sacrificaría más. El, ni un minuto dudaba que hubiese hallado el remedio á su

horrible enfermedad hereditaria, pues desde que la poseía no se le había ocurrido ni un momento la idea de matar. ¿Era acaso que la posesión física contentaba aquella necesidad de muerte? ¿Era quizás que poseer y matar sean equivalentes en el fondo tenebroso de la bestia humana? No raciocinaba; demasiado ignorante, no trataba de entreabrir la puerta pavorosa del pensamiento. A veces, entre sus brazos, recordaba bruscamente lo que ella había hecho, aquel asesinato, confesado únicamente con la mirada, sobre el banco del jardín de Batignolles; y ni siquiera deseaba enterarse de los detalles del crimen. Severina, por el contrario, parecía cada vez más atormentada por la necesidad de contarle todo. Cuando le estrechaba en un abrazo, hartó notaba él que la henchía y azaraba su secreto, y que sólo quería fundirse en él para aliviarse de aquella cosa que la ahogaba.

Sentía ella un gran estremecimiento nervioso que partía de sus riñones y que hinchaba su pecho de enamorada, en una ola confusa de suspiros que subían á sus labios. Cuando su voz espiraba, en medio de su espasmo, ¿no se le escaparía alguna vez su secreto?

Pero pronto, con un beso, cerraba él su boca, sellaba aquella confianza, lleno de cierta inquietud. ¿Por qué interponer eso entre ellos? ¿Podían afirmar que nada cambiaría aquello en su felicidad? Presentía un peligro, un ligero estremecimiento se apoderaba de él con sólo pensar en remover aquellas historias de

sangre. Y sin duda adivinaba Severina todo aquello; volvíase, pegada á su cuerpo, cariñosa y dócil, como una criatura de amor, únicamente nacida para amar y ser amada. Una furia de posesión les arrastraba entonces, quedando á veces desmayados en brazos uno de otro.

Roubaud, desde el verano, se había adelgazado un poco, y á medida que su mujer rebotaba más alegría, recobrando la tez y la gracia de sus veinte años, él envejecía, cada vez más tétrico. En cuatro meses, según decía ella, había cambiado mucho. Continuaba dando cordiales apretones de manos á Santiago, le invitaba, no estando contento sino cuando le tenía sentado á su mesa. Sólo que esta distracción ya no le bastaba; salía con frecuencia, sucedíale levantarse con el último bocado, dejando al amigo con su mujer, so pretexto de que se ahogaba allí y que necesitaba ir á tomar el aire. La verdad era que ahora frecuentaba un cafetín del paseo Napoleón, al que era asiduo el comisario de vigilancia señor Cauche. Bebía poco, algunas copitas de rom; pero se había aficionado de tal suerte al juego, que aquello era ya una pasión. Sólo se animaba, sólo lo olvidaba todo cuando estaba con los naipes en la mano, hundido en partidas de *piquet* interminables. El señor Cauche, un jugador desenfrenado, había decidido que interesarían las partidas; llegaron á jugar hasta un duro por partida; y desde aquel momento Roubaud, extrañado él mismo de no conocerse á fondo, quedó abrasado por la furia de la ganancia, esa fiebre intensa del dinero

ganado, que hace presa en un hombre hasta el punto de que comprometa su situación y su vida en una jugada. Su servicio no sufría aún, echaba á correr en cuanto estaba libre, sólo entraba á las dos ó las tres de la mañana, las noches en que no estaba de servicio. Su mujer no se quejaba, lo único que le reprochaba era el volver á casa peor humorado; y es que tenía una mala suerte increíble, acababa por empeñarse.

Una noche estalló la primera riña entre Severina y Roubaud.

Sin aborrecerle todavía, llegaba á soportarle con trabajo, pues estorbaba su vida: ¡habría ella estado tan alegre, habría sido tan feliz, á no apesadumbrarla él con su presencia!

Por lo demás, ningún remordimiento le causaba el engañarle: ¿no era culpa suya, no la había él empujado para que cayese? En aquella lenta desunión, para curarse de aquel malestar que les desorganizaba, cada uno de ellos se consolaba, se distraía á su manera; puesto que él jugaba, bien podía ella tener un amante.

Pero lo que sobre todo la molestaba, lo que no aceptaba sin protesta, era la estrechez á que les condenaba sus continuas pérdidas. Desde que los duros del matrimonio tomaban el camino del paseo Napoleón, no sabía á veces Severina cómo pagar á su lavandera. Carecía de toda especie de pequeñas satisfacciones, de objetos de tocador. Y aquella noche riñeron por la compra necesaria de un par de botas. Él, en el momento de marcharse, no encontrando un cuchillo de mesa para

cortar un pedazo de pan, había cogido la navaja, relegada en el fondo de un cajón del aparador. Mirábale Severina en tanto que le rehusaba los dos duros de las botas, dos duros que no tenía y que no sabía de dónde sacarlos; repetía su demanda con obstinación, obligándole á repetir su negativa, exasperado poco á poco; pero de repente le indicó ella con el dedo el sitio del pavimento en donde dormían ciertos espectros; le dijo que allí había dinero y que lo necesitaba. Se puso muy pálido y soltó la navaja, que recayó en el cajón. Hubo un momento en que creyó que la iba á pegar, pues se había acercado, tartamudeando que ya podía podrirse allí aquel dinero, que se cortaría la mano antes que cogerlo de nuevo, y apretaba los puños, amenazando aplastarla si se atrevía á levantar el friso durante su ausencia para coger aunque no fuera más que un céntimo. ¡Nunca, nunca! Aquello estaba muerto y enterrado. Severina también había palidecido, medio desmayada, con sólo pensar en tocar á aquello. Aunque viniese la miseria, ambos se morirían de hambre junto á aquel dinero. Y en efecto, no volvió á tratarse del asunto, aun en los días de mayor escasez. Cuando ponían el pie en aquel sitio, la sensación de quemazón aumentaba y tan intolerable, que daban un rodeo.

Después ocurrieron otras disputas sobre la Croix-de-Maufras. ¿Por qué no vendían la casa? Y ambos se acusaban mutuamente de no hacer nada de lo que hubiera sido preciso para activar aquella venta. El, violentamente, continuaba